

Jesús, el sufrimiento humano y la muerte

(Marcos 5.21-43)

Joe Schubert

En este pasaje de Marcos vemos a Jesús participando en un drama que se desarrolla rápidamente. En rápida sucesión, un relato sigue a otro. A veces las circunstancias suponen un conflicto con fuerzas naturales del universo, tal como vimos cuando se calmó la tempestad sobre el mar de Galilea. Otras veces, suponen un conflicto con el mundo demoníaco, tal como el evento en que se echó la legión de demonios del pobre hombre de Marcos 5. Y aún otras veces, vemos a Jesús haciéndole frente al sufrimiento humano y al más grande de todos los problemas, el gran misterio de la muerte misma.

Estos eventos constituyen una muestra representativa de la experiencia humana, eventos que serían suficientes para desconcertar a cualquiera de nosotros y para darnos la experiencia traumática de ser completamente abrumados. Jesús, sin embargo, aborda cada uno de ellos con calma. Ni una sola vez parece aturdido. En todo momento sabe exactamente qué hacer. Está completamente seguro de sí mismo en medio de circunstancias en las que hombres y mujeres inferiores se habrían desmoronado.

Estos episodios de rápido movimiento refuerzan nuestra confianza en el sentido de que Jesús es verdaderamente el Señor de la vida y de la muerte.

I. JESÚS Y LA MUERTE (5.21-24, 35-43)

Dice Marcos:

Pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió alrededor de él una gran multitud; y él estaba junto al mar. Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá. Fue, pues, con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaban

(vers.^{os} 21-24).

Debió de haber sido difícil para Jairo venir a Jesús. Marcos nos dice que Jairo era uno de los principales de la sinagoga. Para este tiempo, las sinagogas estaban prácticamente cerradas para Jesús y Su ministerio. Había sanado a muchos en día de reposo y ofendido a tantos fariseos, que ellos estaban deseosos de mantenerlo fuera de la sinagoga. Sin embargo, he aquí uno de los principales de la sinagoga, el número uno de la más prominente sinagoga de la ciudad de Capernaum, que viene a Jesús rogándole que sane a su hija.

Jairo tuvo que superar muchas diferentes clases de emociones para poder sentirse con el valor suficiente para acercarse a Jesús de esta manera. Tuvo que superar su propio orgullo. Tuvo que batallar con su propio prejuicio y aun con la pena y la vergüenza para poder sentirse con el valor de venir a este maestro itinerante que había sido rechazado por todos los eruditos y maestros más destacados de Israel, este agitador que iba de una aldea a otra enseñando lecciones que impresionaban a la gente y que, por lo menos en opinión de los fariseos, se oponían diametralmente a la enseñanza de la ley de Moisés. Jairo tuvo que abandonar su exaltada posición como principal de la sinagoga, venir a Jesús, postrarse a Sus pies y rogarle que viniera a sanar a su hija.

Aunque estas fuerzas impedían que viniera, un temor más poderoso que ellas, también impulsó a Jairo a Cristo. La posibilidad real de que su hija de doce años podría morir lo impulsó a Jesús. Cualquier padre puede identificarse completamente con la desesperación que conlleva tal clase de experiencia.

También hay señales de algo de fe en el corazón de Jairo. Marcos nos dice que cuando llegó se

postró a los pies de Jesús, y dijo: «Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá» (vers.º 23). Este hombre, por más prominente que fuera, sabía que había poder en Jesús. Esta fe, aunque pequeña y en estado embrionario, aunada al temor de que su hija se estaba muriendo, lo impulsaron a buscar la ayuda del Maestro.

II. JESÚS Y EL SUFRIMIENTO (5.25–34)

A estas alturas, Marcos deja el relato de Jairo y presta atención a una interrupción que ocurrió cuando Jesús, Jairo y la demás gente se dirigían hacia la casa de Jairo. Marcos nos dice que Jesús respondió de inmediato a la angustia de Jairo, y comenzó a andar el trayecto hacia la casa de éste. Marcos añade: «[...] y le seguía una gran multitud, y le apretaban». En esa multitud había una mujer que ya tenía varios años de sufrir un problema de sangrado. Dice Marcos en los versículos 25 y 26:

Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor [...]

Bueno, esta pobre mujer estaba sufriendo una hemorragia, un constante flujo de sangre que no solamente le producía gran padecimiento físico, sino que también hacía que ella fuera inmunda según las estipulaciones de la ley de Moisés. Estaba condenada al ostracismo por la sociedad judía. Tenía que mantenerse a distancia de todo el mundo. No podía asociarse con los demás. Era como un leproso. Según la ley de Moisés, a los judíos fieles se les prohibía tocar a una mujer mientras estuviera en esta condición. A ella no se le permitía asistir a la adoración judía, ni en el templo ni en la sinagoga. Por doce largos años, esta lastimosa mujer había sido condenada al ostracismo y aislada de la sociedad.

Al narrar el evento, Marcos dice que ella «había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor [...]». Lucas, que era médico él mismo, sencillamente dijo que «ninguno podía curarla» (Lucas 8.43).

Pero cuando la mujer vino a Jesús, algo maravilloso sucedió. Dice Marcos, en los versículos 27 al 29, que,

[...] cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se

secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote.

No se nos dice que esta mujer hubiera oído de Cristo anteriormente, pero de algún modo le habían llegado informes. Estos informes habían avivado la esperanza en su corazón. Se dijo ella: «He aquí uno que, después de todos estos años de padecimiento, de veras podría hacer algo en cuanto a mi trágica condición». Cuando se acercaba a Jesús, vio la multitud que se arremolinaba a Su alrededor. Pero ella estaba resuelta a abrirse paso, para por lo menos tocarlo. Cuando empujaba y apartaba a los demás y maniobraba abriéndose paso por entre la multitud, sé que estaba consciente de que volvía inmundo a todos los que tocaba. Pero ella estaba resuelta a seguir su marcha hasta llegar a Jesús. Por fin estuvo lo suficientemente cerca para tocarlo. Tocó Su manto, y en seguida supo que había sido sanada. El sangrado se detuvo.

Dice Marcos:

Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote (vers.ºs 30–34).

Es interesante la reacción de los discípulos a la pregunta que Jesús hizo. Cuando Jesús hizo esa pregunta, los discípulos dijeron: «Jesús, ¿cómo se te ocurre hacer tal pregunta? Con toda esta multitud de gente arremolinándose a tu alrededor, ¿cómo te cabe en la cabeza que vas a descubrir quién te tocó? Pudo haber sido cualquiera de un centenar de estas personas». Los discípulos, aparentemente, no estaban conscientes de que aun en una multitud Jesús sentiría el contacto individual de una sola persona. Y el caso es que lo sintió.

Por último, llena de temor y temblando, la mujer se dio a conocer. Se sentía cohibida por toda la atención que estaba atrayendo. ¿Cuál iba a ser la actitud del Señor para con alguien que había buscado servirse de Su poder milagroso sin que se le invitara? Ella se postró a los pies de Él temblando, y le dijo a Jesús toda la verdad.

¿Cuál fue la respuesta de Jesús? ¿Acaso dijo: «Mire, señora, ¿no ve que tengo prisa? Hay una pequeña que se está muriendo, y estoy tratando de llegar a su casa para sanarla. ¿Cómo se le ocurre

interrumpirme y detenerme!»?. No fue así, se mantuvo completamente calmado y le dijo suavemente: «Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote».

Este es el único pasaje de todo el Nuevo Testamento en el que Jesús alguna vez usó la palabra *hija*. Trata tiernamente a esta pobre mujer. A pesar de su pena y vergüenza, ella dejó escapar en su sinceridad y temor toda la verdad acerca de ella y de su condición delante de la multitud que se arremolinaba a su alrededor. Cuando se postró a los pies de Jesús, llena de temor y temblando, le contó a Él acerca de la condición que había padecido. Le dijo cuánto tiempo la había padecido. No hay duda de que la describió hasta el último detalle. Le dijo cuán resuelta estuvo a abrirse paso para llegar hasta Él. Le dijo cuán difícil fue para ella hallar acceso hasta Él. Le dijo cómo se abrió paso por entre la multitud, cómo por fin lo tocó y cómo supo que había sido sanada. Hizo todo esto llena de temor y temblando, sin saber cuál podría ser la respuesta de Jesús.

¡Qué contraste más grande entre la actitud de la mujer y la de la multitud! La multitud daba empujones y apretaba a Jesús ese día que Él avanzaba por la calle de la aldea. Estaban en un estado de ánimo de carnaval, esperando ver el milagro que Él estaba a punto de hacer en la casa de Jairo, el principal de la sinagoga. La mujer, en cambio, vino a Jesús con un propósito totalmente diferente. Vino a Jesús movida por la profunda sensación de su necesidad, con el corazón lleno de esperanza. Ella recibió de Jesús ese día todo lo que podía pedir, y aun más.

Llegado este momento, Marcos reanuda el relato de Jairo y su hija. Comenzando con el versículo 35, dice:

Mientras él aun hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro? Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente. Y no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo, y Juan hermano de Jacobo. Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él (vers.^{os} 35–40a).

Todo este relato, hasta este momento, está concebido para recalcar lo irreversible de la muerte. Vemos ese espantoso instante en el que la muerte comienza a dominar y todo esfuerzo humano llega a su fin. La mayoría de nosotros ha estado al lado de un ser querido cuando el médico sacude su

cabeza y dice: «Se ha ido». Todos hemos tenido esa sensación de inutilidad y de lo irreversible que es la muerte, cuando cerramos la tapa del féretro sobre el cadáver de uno que hemos amado. Esto es lo que Jairo debió de haber sentido en ese momento. ¿Puede usted imaginarse su impaciencia mientras esperaba que este encuentro entre Jesús y la mujer llegara a su fin? Estaban en camino hacia su casa cuando sucedió. Me lo imagino de pie apoyándose primero sobre una pierna, y después sobre la otra, preguntándose cuándo iba Jesús a ponerse en marcha otra vez. Y aun así, por más impaciente que estaba, no se atrevió a reprender a Jesús, pues estaba consciente de que Él estaba tratando una necesidad muy urgente. Por último, cuando ya estaban a punto de reanudar la marcha, llegó la noticia: «Tu hija ha muerto». Se le cayó el alma a los pies.

Cuando llegaron a la casa, los plañideros habían comenzado ya su lamentoso llanto. Era costumbre en aquellos tiempos contratar plañideros profesionales que lamentaran la muerte de una persona. Un espantoso frenesí tomaba posesión de todo. Estos plañideros profesionales pagados se rasgaban sus vestiduras, se arrancaban el cabello y lloraban a lágrima viva pegando agudos chillidos y aullidos. Todo esto representaba la terrible sensación de desesperanza que la gente, aun de Israel, tenía cuando se encontraban de frente con la realidad de la muerte. La esperanza triunfante, victoriosa, de la fe cristiana estaba casi totalmente ausente de ellos.

Cuando llegaron a la casa, Jesús le dijo a la gente: «¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme». Se rieron de él. Creyeron que estaba loco. Sin embargo, ¿quién tenía la visión más correcta de la muerte, Jesús o los hombres? Muchas veces en las Escrituras, Jesús se refirió a la muerte, cuando ésta se había llevado a un creyente, como un sueño. La muerte no es lo que parece ser, cuando la fe está presente. Es solamente temporal.

Continúa Marcos en el versículo 40:

Mas él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente (vers.^{os} 40b–42).

La multitud, impaciente por ser espectadora de la sanidad de la hija de Jairo, ni siquiera obtiene una vislumbre de este milagro. Cuando Jesús entró en la casa, hizo que todos salieran y

sólo llevó consigo a Pedro, a Jacobo, a Juan, a la madre y al padre a la habitación.

La madre y el padre estaban con el corazón destrozado. Pero Jesús se dirigió a un lado del lecho de la niña, extendió su mano, tomó la mano de ella, y dijo en lengua aramea: «Talita cumi», que significa: «Niña, a ti te digo, levántate». Habló tan suavemente como la madre que llama a su niño soñoliento para despertarlo por la mañana. «Hijita, es hora de que te levantes», dijo Él.

Después leemos en los versículos 42 y 43:

Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente. Pero él les mandó mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer.

Jesús no deseaba ser noticia de cabecera. Él vino, no para que lo pusieran sobre un pedestal como a héroe o hacedor de milagros, sino para traer la compasión de Dios. Él hizo estos milagros de sanidad, no para atraer atención a Sí mismo solamente, sino para mostrar que Dios era un Dios de gran compasión y misericordia. Las acciones de amor no necesitan publicidad. Se hacen porque merecen ser hechas, no para algún plan oculto en búsqueda de ascensos para uno mismo.

CONCLUSIÓN

Este pasaje es, en cierto modo, un relato de contrastes. Está el contraste entre la desesperación de los plañideros y la esperanza de Jesús. «No molestes al Maestro —dijeron—, la niña ha muerto. No hay nada más que se pueda hacer, ni nadie que lo pueda hacer. Déjalo seguir Su camino». Pero Jesús dijo: «No temas, cree solamente». Por un lado, está la voz de la desesperanza; por otro lado, está la voz de la esperanza.

También está, en este pasaje, el contraste entre la desenfrenada angustia de los plañideros y la calma de Jesús. Los plañideros estaban lamentando y arrancándose sus cabellos y su ropa; mientras

que Jesús estaba calmo, tranquilo y en completo dominio de Sí mismo.

¿En qué reside la diferencia? La diferencia reside en que Jesús confiaba completamente en Dios y estaba totalmente seguro del Dios a quien servía. La peor tragedia humana puede ser enfrentada con valentía cuando la enfrentamos con Dios. La gente se burló de Él, porque creyeron que Su esperanza no tenía asidero y que se equivocaba al mantenerse calmado. Pero la gran verdad de la vida cristiana es que lo que es completamente imposible para los hombres es posible para Dios. El cristiano ha aprendido la lección básica en el sentido de que debe poner su mirada, no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven. Esto hace que todo cambie por completo. Lo que, según la lógica humana, es demasiado bueno para ser cierto, llega a ser cierto con Dios. La multitud se burló de Él, pero esa burla se convirtió en asombro cuando se dieron cuenta de lo que Dios podía hacer.

Todo esto nos está diciendo que Jesús es el Señor de la vida y de la muerte. No hay absolutamente nada que el cristiano no pueda enfrentar y conquistar, incluyendo la muerte misma, con el amor de Dios dado a conocer por Jesucristo, Su Hijo. El pueblo se burló de Jesús en ese momento. Pero ahora, por causa de Jesús y de Su victoria, los cristianos pueden burlarse de la muerte. El cristiano puede decir juntamente con el apóstol Pablo:

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15.54-57).

La victoria sobre la vida así como sobre la muerte, le pertenece a Jesús y a los que lo han hecho su Señor.